

Reseñas

Gérard Pierre-Charles *El pensamiento socio-político moderno en el Caribe*, Fondo de Cultura Económica, Sección de Obras de Historia, México, 1985, 264 p.

Johanna Von Grafenstein

Gérard Pierre-Charles, connotado especialista en el estudio de las sociedades caribeñas, ofrece al público mexicano —y latinoamericano— una visión global de las distintas vertientes y expresiones del pensamiento socio-político caribeño.

El espacio del Caribe —unidad de análisis en el libro— comprende las islas antillanas y, como territorios continentales, las tres Guayanas, que formaban parte de los imperios coloniales. Dicho espacio —si bien fragmentado por el dominio de las diferentes metrópolis (Francia, Inglaterra y Holanda) y su imposición de distintos idiomas, formas de administración y pautas culturales en general— constituye al mismo tiempo una unidad socio-cultural. Sus principales elementos son la mezcla racial entre hombres africanos, asiáticos y europeos y, en mucho menor medida, americanos; el sincretismo en cuanto a idioma, religión y costumbres populares, que es consecuencia de una confluencia de pueblos de tal magnitud; la similitud en el desarrollo económico-social, basado durante dos siglos y medio en la esclavitud y la economía de plantación.

El período abarcado por el estudio va esencialmente desde el pensamiento sociopolítico que acompaña a la revolución haitiana (1791-1804) hasta las “raíces ideológicas de la revolución cubana”.

La obra se sustenta en la concepción marxista del análisis social, según la cual los fenómenos supraestructurales deben ser enmarcados en el desarrollo económico, social y político de una sociedad dada, es decir, no deben ser vistos como fenómenos aislados, ni explicados preponderantemente a partir de su dinámica propia. Los temas estudiados comprenden las corrientes de pensamiento más destacadas que sostuvieron tanto a sistemas de dominación como a movimientos sociales que buscaron su liberación y promovieron el cambio. El estudio da cuenta de la riqueza y diversidad que ofrece en ese campo el área del Caribe. De acuerdo con su concepción básica, la obra estudia esa compleja red de relaciones existentes entre manifestaciones político-sociales y elementos ideológicos y culturales. Un breve resumen de los principales temas tratados dan cuenta del enfoque teórico que caracteriza al estudio.

Constituye el primer tema la “contracultura” o “cultura de resistencia”, que surge como consecuencia del traslado forzoso de hombres africanos al continente americano, su sometimiento a la explotación esclavista y su búsqueda de formas de resistencia a la opresión. Esa cultura contiene numerosas tradiciones africanas pero no constituye una simple transposición de las mismas, como observa el autor, sino que significa su recreación en el nuevo

ambiente, significa también la búsqueda de una identidad propia frente a la dominación blanca. Sus manifestaciones son diversas, abarcan el campo lingüístico, religioso y artístico, pero también el político-militar; así, por ejemplo, se ensayaron vías originales de organización y de lucha en las comunidades cimarronas, creadas por los esclavos fugitivos.

Se analiza a continuación la revolución haitiana destacando su importancia como "primer proyecto independentista, anticolonialista y nacionalista que se da en el Caribe y en el conjunto del subcontinente". El análisis se centra en las corrientes de pensamiento que la acompañan: las expresiones separatistas defendidas por la burguesía colonial, las ideas antirracistas e igualitarias enarboladas por los libertos o hijos de blancos y negros libres y el ideario antiesclavista y anticolonialista que surge con la irrupción de los esclavos negros en la lucha.

Sus líderes logran —en etapas sucesivas— convertir en realidad el proyecto nacional con la creación de la primera república negra en 1804. Las concepciones agraristas e internacionalistas, presentes en las políticas desarrolladas por los primeros líderes y estadistas haitianos, son otros aspectos considerados por el autor.

Los capítulos subsecuentes estudian corrientes de pensamiento como el nacionalismo en sus distintas expresiones así como el surgimiento de una "conciencia antillana"; ambas constituyen una respuesta a la dominación colonial, neocolonial e imperialista, ejercida en la región por las potencias europeas y por los Estados Unidos de Norteamérica. Como tal, cambia también su carácter; anticolonial en una primera instancia, se convierte en algunos casos en pensamiento antiimperialista y se dirige en contra de las intervenciones de Estados Unidos que anuncian la expansión política y económica de ese país en el área.

Las manifestaciones del pensamiento nacional y antillano se analizan en los casos de países que adquieren su independencia formal durante el siglo XIX, así como en los territorios coloniales, donde los proyectos de independencia no se convierten en realidad hasta la década de los años sesenta de nuestro siglo —tal es el caso de muchas colonias británicas y algunas holandesas— o quedan trunco, como ocurre en las colonias francesas de Martinica y Guadalupe, integradas al territorio francés en 1946.

Las corrientes nacionalistas del pensamiento socio-político caribeño no sólo conocen diferencias de acuerdo a las situaciones políticas en las que surgen, sino que manifiestan también variaciones en cuanto a sus formas de expresión: en el nivel de la política, sus vertientes democrático-burguesas sustentan a movimientos nacionalistas de carácter liberal y reformista, que enarbolan las banderas del republicanismo y constitucionalismo. Como ejemplos se puede mencionar el pensamiento de Juan Pablo Duarte, ideólogo del movimiento independentista dominicano de 1844, el de Gregorio Luperón a fines del siglo pasado en el mismo país, así como el pensamiento de De Hostos en Puerto Rico; en Cuba, Francisco Arango y Vareño constituye un precursor del pensamiento liberal-burgués, José Antonio Saco y Luz y Caballero, en el siglo XIX, claman por reformas al régimen colonial y obligan a España a introducir un "régimen constitucional". Proyectos nacionalistas sustentan también a luchas populares, que se desarrollan a nivel partidario y sindical pero que, en algunos casos, culminan con la lucha armada, como en Cuba en las dos etapas de la lucha independentista; en Haití, con la lucha campesina en contra de la intervención norteamericana y en la Guayana Británica, con el proyecto de liberación nacional dirigido por Cheddi Jagan, para mencionar sólo algunos ejemplos. La revolución cubana constituye sin duda la culminación de esos movimientos.

En el nivel de la cultura, el autor analiza a diferentes exponentes del nacionalismo literario (entre ellos a José Martí, Nicolás Guillén, Aimé Césaire) y los planteamientos científicos sociales que provienen del campo de la antropología y etnología y que pugnan por una reivindicación de los valores de la raza negra y de la cultura afroantillana en el marco del pensamiento de la "negritud". En su análisis, Pierre-Charles destaca las diferencias, en cuanto a profundidad y resonancia, de los planteamientos ofrecidos por pensadores sociales y literatos. Algunos, como los antropólogos Russwurm y Blyden, ven el problema en el nivel racial, sin cuestionar la opresión social; otros, como François Duvalier en Haití, se apoyan en el "negrismo" para movilizar demagógicamente las masas y fortalecer el ala de la "burguesía negra" frente a la mulata. El pensamiento del jamaicano Marcus Garvey, quien milita desde 1907 en favor de las masas negras, constituye otro ejemplo del nacionalismo antillano apoyado en la defensa de los valores raciales, propios del hombre africano. El ideario de la "negritud" adquiere en algunos casos una orientación revolucionaria, como en el *black nationalism* de Walter Rodney en Guyana. Una visión profunda de la opresión social y de la liberación del negro como ser oprimido se encuentra, por otra parte, en la obra del novelista, ensayista y teórico político Jacques Roumain y de su discípulo Jacques Stéphen Alexis.

Sin embargo la dominación extranjera en sus diferentes formas y momentos no sólo suscita oposición en el área; hubo también sectores sociales que colaboraron y desarrollaron esquemas ideológicos que justificaran su actitud y encubrieran sus verdaderos intereses. Evidentemente, dentro de su pensamiento existen también matices. El autor los canaliza mediante el empleo de dos conceptos que adquieren plasticidad en el estudio de casos concretos; habla en ese sentido de las vertientes autonomistas y anexionistas. Encontramos ejemplos de la primera tendencia en Cuba en el siglo XIX, donde sectores de la clase dominante desarrollaron "una ideología del *statu quo* que pugna por reformas a las relaciones sociales coloniales sin cambiar la esencia de las mismas". La defensa de ideas anexionistas se hace sentir tanto a fines del siglo pasado, cuando se convierten en realidad en Puerto Rico, como a lo largo de nuestro siglo: así, por ejemplo, las dictaduras de François Duvalier en Haití y de Trujillo en la República Dominicana manifestaban en repetidas ocasiones su interés en una anexión a Estados Unidos.

El capítulo referente al pensamiento socialista permite al lector obtener una visión amplia del tema. Destacan la solidez y la riqueza en la información proporcionada sobre las distintas tendencias, su alcance y sus diferencias en los espacios nacionales y coloniales del área. El capítulo final analiza de manera suscita los elementos formativos de la revolución cubana en el campo del pensamiento socio-político; la gestación de los fundamentos ideológicos de la revolución de Nicaragua se trata paralelamente, ya que el análisis de ambos procesos, anota el autor, "permite no sólo evaluar la eficiencia histórica de corrientes ideológicas patrióticas y nacionalistas, surgidas en el contexto de la opresión secular, sino también sugiere ciertas líneas susceptibles de caracterizar el lugar de los fenómenos de la cultura y del pensamiento en la transformación de los países del Caribe y subcontinente latinoamericano (...)".

En síntesis, pensamos que el estudio de Gérard Pierre-Charles plasma de manera convincente la complejidad y riqueza de los fenómenos supraestructurales que acompañan el desarrollo socio-económico del área caribeña en sus últimos dos siglos de historia. Asimismo, queremos destacar la lucidez con la que se perciben los grandes temas y las etapas de desarrollo, la creatividad y flexibilidad en la introducción de categorías de análisis así como el

uso de un lenguaje que sobresale por su precisión, elegancia y riqueza en conceptos e imágenes. Finalmente se percibe a lo largo del trabajo que el Caribe no sólo constituye para el autor un objeto de conocimiento científico sino que su estudio responde a un compromiso social con el desarrollo del área.

Miller, William, Historia de los Estados Unidos, México, Novaro-México, 1973, 667 p.

Silvia Núñez García

En uno de los pocos textos de historia de los Estados Unidos traducidos al español, Miller incursiona en el pasado de su país con el propósito de que este libro sirva de instrumento para comprender el presente y clarificar las metas futuras de la sociedad norteamericana.

Tratando de acentuar la participación del pueblo en el devenir histórico estadounidense, la obra apoya abiertamente el jeffersonismo como síntesis que aglutina la representatividad de las mayorías.

Por lo tanto, Miller no asume una posición radical en cuanto que no manifiesta la existencia de una lucha de clases en el seno de la sociedad norteamericana y acaba por dar a entender que pueblo es sinónimo de clase media.

La oligarquía aparece como un "sector" social distinguido por su laboriosidad y se clasifica a los grandes empresarios como combativos defensores de la "frontera de la nueva nación", mientras que se afirma que los obreros son los propios causantes de su explotación, producto de su "apatía y necesidad individualista" por lo que justifican a la vez la existencia del aparato represivo creado para controlarlos.

El eje central de la obra es economicista, y a su alrededor se suceden — con una continuidad en la narración — una cadena de acontecimientos sociales, políticos y culturales que se describen sin abundar en su análisis.

Se hace hincapié en la necesidad de estudiar a los Estados Unidos en sus aspectos regionales, única forma capaz de proveer los elementos congnotivos para formarnos una idea global de su historia.

El tratamiento que se hace de los personajes históricos es muy vago y parcial; el único ensalzado es Jefferson, mientras que Franklin es calificado de gran especulador, Adams de demagogo y Hamilton de minimizador del pueblo, juicios producto del desprecio y desconfianza que merecían al autor.

Miller fundamenta sus argumentaciones en la teoría spenceriana, ya que defiende animosamente la teoría de que su país surge como un "monumento a la autoridad del derecho natural" (p. 210) y alaba a los hombres que libraron la región del oeste de los "salvajes indios".

Las cuestiones del expansionismo y de la especulación se presentan como necesidades fundamentales y "naturales" del espíritu emprendedor de los norteamericanos blancos. "Desde los tiempos de las cruzadas, siglos XI y XII, hasta la difusión del comunismo en nuestros días, la historia de la cristiandad occidental ha sido la historia de la expansión. Explicarlo equivale a describir totalmente el carácter del *hombre blanco* del mundo occidental" (p. 493).

La cita anterior nos sirve de pauta para entender por qué la guerra con México, en 1847, apenas si se menciona en la obra pues sólo fue un paso más en la carrera expansionista de los Estados Unidos y éstos lo único que hicieron fue "responder a la petición de ayuda de los texanos para independizarse de México". (p. 269).